
PIERRE BOURDIEU
IN MEMORIAM (1930-2002).
ENTRE LA BOURDIEUMANÍA
Y LA RECONSTRUCCIÓN
DE LA SOCIOLOGÍA EUROPEA

Luis Enrique Alonso
Universidad Autónoma de Madrid

«¿De qué herida le venía esa pasión, ese furor de escribir y de actuar para denunciar las imposturas?».

Didier ERIBON (2002: 42)

«Todo esto nos lleva a terminar con una exhortación a la duda sobre la posibilidad de recibir realmente una obra, duda que es la condición de una recepción no demasiado mala, activa, práctica, no fetichista, destinada no a una suerte de encantamiento cultural en torno al autor sino a un uso activo del autor».

Pierre BOURDIEU (1997a: 20)

«Razón es pasión y pasión es conocimiento. Por la pasión, la inteligencia. Pasión no quita conocimiento; al contrario lo da».

José BERGAMÍN (1927: 116)

«El filósofo puede traducir lo sensible a conceptos, eliminando así buena parte de la ambigüedad quizás a costa de un menosprecio esencial de la sugerencia».

Félix DE AZÚA (1999: 33)

1. BOURDIEUMANÍA

La muerte con el inicio del año 2002 de Pierre Bourdieu ha vuelto a sacar a primera página de los periódicos franceses las fotos más características de sus últimos años, siempre entre micrófonos, blandiendo el megáfono, en foros de protesta o en debates televisivos. Así, nos encontramos a Bourdieu en las manifestaciones y asambleas de los ferroviarios contra la privatización y la defensa de sus sistemas de pensiones de 1995, en la ocupación por los movimientos de parados del buque insignia de la meritocracia francesa: la *École Normale Supérieure* de la calle Ulm, en los diferentes encuentros de movimientos sociales franceses contra la retórica de la globalización «realmente existente» y el pensamiento único en la que tan presentes han estado colectivos como ATTAC, o publicaciones como *Le Monde Diplomatique*, tan queridos para el último Bourdieu.

Y en este ambiente la imagen del intelectual francés comprometido —como Zola (*J'acuse*), como Malraux, como Sartre, como Foucault— con «las justas causas del pueblo», al frente de manifestaciones, en actos multitudinarios, en los periódicos, en la firma de declaraciones y comunicados, se proyecta sobre todo y organiza la turbulenta despedida. La primerísima línea de la política francesa se veía obligada a poner cara de circunstancia y hacer el típico canto diplomático (Chirac, Jospin) del adiós al (:penúltimo?) gran intelectual francés que nos deja, aunque éste los había criticado hasta la crueldad en los últimos años. En la prensa las cosas no son ya tan claras y las feroces intervenciones contra los medios de comunicación franceses (con nombres y apellidos) de los tiempos inmediatamente pasados son ahora devueltas en forma de imágenes estereotipadas, y un tanto banales, del elitista investigador francés revuelto contra su mundo y contra las instituciones que le han dado el prestigio que ahora critica.

Pero estos medios no hacían otra cosa que recoger el extraño mundo, por distorsionado, por inflacionado y desproporcionado, que se había creado alrededor de Bourdieu en el decenio de los noventa, aunque ya en los ochenta se le tenía como un *mâitre a penser* de la sociedad francesa con las clásicas intervenciones en los aledaños del mundo político (apoyo de la candidatura del payaso Coluche a la presidencia de la República, llamada internacional a favor de *Solidarnosc* (junto con Michel Foucault), acercamiento al sindicato CFDT, primer apoyo a Michel Rocard y a Lionel Jospin cuando era ministro de Educación para luego retirárselo sonoramente, etc.

En los noventa fue la explosión: casi todos los compromisos de los ochenta son inmolados en su pretensión de ser la «izquierda de la izquierda»; se pone a la cabeza de la lucha contra el neoliberalismo y la globalización mercantil; funda una asociación y una pequeña editorial de libros populares, *Raisons d'Agir* (con la que llega a vender miles de ejemplares de sus libros); interpela al presidente del *Bundesbank*; se pone a la cabeza de la denuncia de lo que el denomina socialismo neoliberal (Blair-Jospin-Schröder), y da a la imprenta

dos libros extremadamente polémicos en Francia, su *Sobre la televisión* (1997*b*), donde realiza una frontal crítica de la dictadura de las audiencias y de los pensadores *fast-thinkers* dispuestos a caer en la fascinación icónica, así como de los periodistas siempre dispuestos a estar en la órbita del poder. Sin olvidar la polémica provocada por su libro sobre *La dominación masculina* (2000*c*), mal recibido por el feminismo histórico internacional al querer pontificar desde sus categorías tradicionales de análisis sobre un tema analizado de manera mucho más sutil y profundo por cientos de autores —y sobre todo de autoras— que Bourdieu se salta sin demasiados problemas.

En este ambiente de bourdieumanía todo ha sido posible, desde la realización de una película sobre Bourdieu —*La sociologie est un sport de combat*, de Pierre Carles (2001)— hasta la adaptación teatral de partes de un libro dirigido por él: *Le jour et la nuit* (una obra de Didier Berace sobre entrevistas recogidas en *La Miseria del Mundo*). Desde la multiplicación de las páginas web y los foros de debate en Internet sobre su figura y su obra (la principal www.pages-bourdieu.fr.st), hasta la aparición de antologías de textos o minilibros introductorios a su pensamiento dirigidos a los escolares o al «gran público» francés (Accardo, 1997; Accardo y Corcuff, 1998; Bonnewitz, 1998 y 2002). Desde la medalla de oro del CNRS en 1993 por su regeneración de la sociología francesa, hasta el reconocimiento por parte de las generaciones jóvenes de todo el mundo, en una encuesta realizada por la ISA a finales de los noventa, de ser el sociólogo mundial más influyente.

A la vez que su recepción se acrecentaba y multiplicaba hasta convertirse en mito en el ámbito académico anglosajón, y especialmente norteamericano, las voces disonantes se hacían escuchar en el ámbito francés y a los ataques que con tanta virulencia había propinado Bourdieu a diestro y siniestro empezaban a fraguarse respuestas intelectuales poderosas, y no sólo desde ámbitos esperables por su filiación política (las que provenían de liberales o conservadores) o intelectual (las propinadas por lo que queda de lo que se llamaron «nuevos filósofos», los individualistas, los heideggerianos), sino también por autores y grupos colocados en un ámbito que nada tenía que ver con la última revolución conservadora. Y, así, un nuevo género cuasisociológico francés se acuñó en el campo intelectual en los últimos años, el de la crítica oficial a Bourdieu; este género lo han practicado firmas bien serias e interesantes: Bruno Latour, Alain Touraine o Pierre Rosanvallon; publicaciones completas tan interesantes como la católica progresista *Esprit* o la internacionalmente conocida *Le Nouvel Observateur*, y, sobre todo, una larga serie de ex colaboradores y primeros compañeros de Bourdieu que se han convertido en feroces críticos —y no siempre solamente intelectuales— de la figura de su antiguo amigo y se han empleado a fondo en este sentido en los últimos años: Luc Boltanski, Jean-Claude Chamboredon, Claude Grignon, Jeannine Verdès-Leroux.

Pero una nueva generación de sociólogos también muy competentes ha venido a llenar el hueco y a formar el no pequeño grupo de «bourdieusianos» —o, según algunos, «bourdivinos»—, con obras no sólo ya interesantes, sino

en algunos casos punteras: Patrick Champagne, Louis Pinto, LÖic Wacquant, Remi Lenoir, Philippe Corcuff, por sólo citar algunos. Este mismo hecho alimenta la bourdieumanía que no cesa; entre las últimas acusaciones, la de ejercer de jefe de una secta sociológica bien compacta, y en este contexto también se han desenterrado oportunamente las viejas impresiones sobre Bourdieu recogidas en las memorias de Raymon Aron (1995), donde se le acusaba de experto en intrigas universitarias, despiadado con los que le podían hacer sombra, sectario y humanamente poco recomendable. En el cuadernillo especial que publicaba *Le Monde* un par de días después de la muerte de Bourdieu (26 de enero de 2002) se recogían aquellas tristes palabras del gran maestro liberal, escritas después de un choque frontal a finales de los años sesenta que volvía a reproducir el eterno dilema de la «distancia» frente al «compromiso» en las ciencias sociales.

La periodista François Giroud (2002), una de las más respetadas y leídas en Francia, volvía a reproducirlas en una columna en la que se preguntaba con ingenio por la manera en que tratarían a Bourdieu los medios a los que había azotado sin descanso; la columna de Giroud se titulaba —seguramente de manera irónica— «El amigo del pueblo» y dejaba ya en línea de salida un magnífico número monográfico de su revista *Le Nouvel Observateur* donde, con información de primera mano, se recogían unas cuantas páginas inéditas de una «socioautobiografía» de Pierre Bourdieu y se desplegaban un buen número de opiniones en las que se basculaba entre el populista cruel y el defensor generoso de causas justas pero imposibles, entre el activista contradictorio, patético y hasta malicioso y el gran sociólogo universal. En su artículo, Jacques Julliard (2002) —otra de las firmas habituales de la prensa francesa del grupo de intelectuales a los que Bourdieu había declarado la guerra y que habían contraatacado con el famoso populismo sociológico de nuestro autor, como Touraine (2002) o como Mongin y Roman (1998), de *Esprit*— lanzaba un rotundo *Miseria de la sociología* y argumentaba que, deslealtades personales aparte, la gran repercusión final de la figura de Bourdieu no era más que el indicador fiel del fracaso de su sociología, una sociología poco original —una especie de Frankenstein hecha con despojos de Marx (la lucha de clases), Tarde (la imitación), Gramsci (la hegemonía), Weber (la dominación) y Merton (la función latente)—, radicalizada y subrepolitizada hasta la contradicción y la caricatura (profesores de la enseñanza pública acusándose de reproductores del capitalismo) y deslizándose con el tiempo desde un marxismo culturalista hasta un moralismo populista ingenuo y simplificador (ya no hay más que dominantes y dominadores).

Pero estas acusaciones sagaces e inteligentes —aunque seguramente injustas— nos animan a desprendernos de una vez por todas de la bourdieumanía (para las filias y para las fobias) y visitar su obra con serenidad, sabiendo que el primer gran balance tardará en llegar y que, de entrada y apartando el ruido, también hay muchas nueces. Y en su obra nos podemos encontrar con intuiciones deslumbrantes, cultura sociológica, dotes de polemista (cómo no), oficio de investigador y atención a los hechos, evidentemente expresados con

mucha pasión (seguramente con demasiada pasión a veces) y algunas simplificaciones. Merece la pena tomarse el tiempo para releer, reflexionar y no dejarse atrapar en el mareo de la bourdieumanía.

2. BIOBIBLIOGRAFÍA

Ha sido constantemente recordada la condición de *outsider* de Pierre Bourdieu (como Veblen o como Goffman, por sólo citar algunos), de provinciano que hace su carrera desde la periferia hasta el centro del centro del campo académico, dotado de todas las características de este grupo social extraño pero ascendente: capacidad de observación, perspicacia, ambición, narcisismo, voluntad férrea. Nacido en Denguin (Hautes-Pyrénées), su padre no era más que un minúsculo funcionario de la compañía de correos francesa; el resto es una carrera en solitario que le lleva por liceos e internados de Pau y París, hasta ingresar en la *École Normale Supérieur*. Agregado de instituto de filosofía a los veinticinco años, pasa luego a ser profesor en la Facultad de Letras de Argel (1958-1960) para luego recalar en Lille (1961-1964). En 1964, un año después de su matrimonio, consigue el rango de director de estudios en la entonces *École Pratique de Hautes Études*, siendo considerado ya como uno de los más brillantes profesores de su generación y uno de los más jóvenes por aquella época en obtener un grado como ése; autores de la brillantez de Aron o Canguilhem lo consideraban su discípulo natural.

La actividad investigadora en los siguientes años va a ser espectacular, prácticamente un libro cada dos años, libros que se van integrando en la cultura sociológica europea como auténticos clásicos y que pronto empiezan a recomendarse tanto como manuales de introducción «al oficio de sociólogo» como investigaciones aplicadas sobre los mecanismos de selección y diferenciación de los sistemas institucionales. En 1975 aparece la gran revista sociológica impulsado y dirigida por Bourdieu, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, auténtico «banco de pruebas» para sus trabajos principales, así como para los de los miembros de su grupo de investigación. En 1981 es nombrado profesor titular de la Cátedra de Sociología del *Collège de France*, la máxima institución de los hombres de ciencia franceses. En la década de los ochenta aparecen sus primeros libros de síntesis, mezclados con investigaciones rotundas, esclarecedoras y polémicas; es también el momento del gran triunfo editorial y universitario en el ámbito anglosajón, y particularmente en los Estados Unidos (Wacquant, 1993), desde donde va a recibir constantes invitaciones de asistencia a seminarios sobre su obra e incluso a realizar estancias largas, como la de la Universidad de Chicago a finales de los ochenta, en la que va a acabar realizando colaboraciones incluso con un sociólogo tan distante en sus planteamientos, pero tan prestigioso en el mundo académico norteamericano, como es James Coleman, con el que además comparte conceptos homónimos como el de capital social (Bourdieu y Coleman, 1991).

En los años noventa mezclado con su última y enorme presencia pública, en la que lo mismo preside una comisión encargada por Jospin para el estudio de los contenidos de la enseñanza que se hace editor de sus pequeños libros de combate (Bourdieu, 1999c, 2001b y 2002b), o incluso el de algún otro autor próximo, como el inmenso éxito de ventas en Francia, por provocativo —contra la prensa, contra los políticos—, de *Los nuevos perros de guardia*, de Serge Halimi (con el título está todo dicho). Su sociología ahora se hace más expeditiva y está lejos ya de poseer esa especie de mezcla entre el detallismo y la investigación «total» que tenían sus obras anteriores, pero, además de compilaciones de sus artículos (puestos al día y bien retocados) y algunas entrevistas de interés, también es capaz de dar a la imprenta investigaciones sociológicas de factura nada despreciable sobre los discursos dominantes en la economía, la política y la ciencia.

El contexto histórico de la obra de Bourdieu está jalonado por períodos fundamentales: la Europa de la postguerra y la reconstrucción, el París del existencialismo, la guerra de Argelia, las revueltas estudiantiles de los sesenta, la desregulación y el retorno al mercado de los ochenta, los movimientos antiglobalización de los noventa. Pero el telón de fondo sociohistórico que ha contextualizado los estudios principales de Pierre Bourdieu ha estado entre la construcción de un Estado del bienestar, formalmente universalista, parcialmente desmercantilizador e igualitarista —aunque transmisor y reproductor de la desigualdad formada en los procesos de producción material y simbólica—, y la siguiente fragmentación y deconstrucción de estos «treinta años gloriosos» en forma de todo tipo de remercantilizaciones realizadas a todas las escalas económicas y geográficas, así como, también, todo tipo de resistencias. El contexto intelectual tampoco ha sido baladí, la fenomenología y el existencialismo de los cincuenta (Heidegger, Merleau-Ponty, Sartre), el marxismo y el estructuralismo de los sesenta (Lévi-Strauss, Althusser); después de este clima de formación, en sus polémicas posteriores, Bourdieu se desmarca tanto del filosofismo humanista de la fenomenología y sus abstrusos derivados como del ahistoricismo sin sociedad de todos los tipos de estructuralismo desde Saussure hasta nuestros días. Pero su voluntad de debate (parece que su obra está hecha siempre contra algo o alguien) y su innegable vocación y visión *etnográfica* le han hecho increpar a cualquier tipo de lo que ha considerado un teoricismo de salón, enfrentándose en los últimos años ochenta a las versiones más agresivas del individualismo metodológico, al relativismo extremo postmoderno o al neofuncionalismo. En los años noventa, Bourdieu se había convertido ya casi en un paradigma en sí mismo y su propia sociología se encontraría en el terreno estratégico que se ha movido la teoría social tanto postmarxista como postliberal, tratando de construir puentes entre el sujeto y la estructura, entre los hechos y la historia, entre la acción y el sistema. Con todas sus diferencias y por vías bien distantes, Giddens, Touraine, Habermas o Lash están circunscribiendo un espacio homólogo (estructuracionista, constructivista, reflexivo, dinámico, accionalista) para la teoría social contemporánea.

Esta larga trayectoria se inicia por sus libros sobre Argelia, comenzando por su típico *Que sais-je?*, de PUF, y continuando con monografías importantes sobre la cuestión laboral, la crisis de la agricultura tradicional, las estructuras temporales y la cultura cabileña. Estos primeros trabajos serán fundamentales en la orientación de toda la obra posterior de Bourdieu, primero por su (relativo) alejamiento de la filosofía para recalar primero en la antropología y luego en la «modesta» sociología (antes los «hechos sociales» que las elegantes construcciones abstractas); luego porque, por primera vez, se encuentra ante el hecho descarnado de la dominación cultural y la violencia simbólica que supone la imposición, objetivación y legitimación de los códigos de los poderosos en su situación colonial crítica. Es evidente que gran parte de su sociología de la dominación se fragua aquí (Bourdieu, 1958; Bourdieu y Sayad, 1977; Bourdieu y otros, 1977).

En los años sesenta, tres líneas de investigación se asientan con fuerza en la obra de Bourdieu: un buen número de artículos sobre la condición campesina y sus estrategias de adaptación y comportamiento en un mundo teóricamente cerrado y paralizado por la modernización agraria —felizmente completados y reeditados ahora en forma de libro, con carácter póstumo (Bourdieu, 2002a)—; le siguen un grupo de investigaciones sobre el arte, la fotografía y el mercado de los bienes simbólicos realizadas con sus más brillantes colaboradores, hoy todos ellos convertidos en primeros nombres de la constelación sociológica francesa, investigaciones en las que se argumenta que, a pesar del discurso de la cultura de masas —y el postulado latente de la democratización de la misma—, las prácticas culturales efectivas seguían teniendo una fuerte marca de clase, así como un sentido de uso y apropiación que refuerzan la desigualdad de origen (Bourdieu, Boltanski, Castel y Chamboredon, 1965; Bourdieu, Darbel y Schnapper, 1969). Y, finalmente, el gran éxito de las investigaciones de Bourdieu (en este caso casi siempre con Jean-Claude Passeron) en esa década, sus trabajos sobre sociología de la educación, donde se evidencia el papel de la herencia cultural en la escuela, capital sutil hecho de saberes ocultos y predisposiciones adquiridas por la transmisión de los linajes que, lejos de ser eliminados por la escuela pública republicana, ingenuamente considerada como una máquina igualitaria, son reproducidos e impuestos como una forma objetiva de enclasmiento social y donde los excluidos o los dominados toman el papel, gracias a los sistemas de violencia simbólica, de culpabilizados autoinculpados y autocensurados (Bourdieu y Passeron, 1969 y 1977).

Este primer despliegue de investigaciones ya recogía el centro de sus conceptos y su hacer sociológico, que en el umbral de los setenta se va a poner de manifiesto en dos obras epistemológicas muy difundidas: el casi tópico libro colectivo *El oficio de sociólogo* (1976), en el que se hacía una defensa de la construcción del objeto de conocimiento de la sociología contra el sentido común y contra el positivismo convencional, así como *Esquisse d'une théorie de la pratique* (1972), donde a tres estudios etnográficos les sigue la más sistemática exposición de su teoría del campo y del *habitus* como sistema de disposi-

ciones duraderas, incorporadas y estructuradas en los sujetos que, a su vez, tienden a generar prácticas y representaciones. Durante toda la década de los setenta irá publicando artículos que luego serán la base de sus libros fundamentales en el decenio de los ochenta, pero es también el largo período de la investigación y la publicación final de su monumental y ya histórica *La distinción*, donde con un tratamiento empírico heterodoxo —una especie de voladura espectacular, interna y controlada de una encuesta— se rompía con la tendencia de la sociología del consumo de la época de ser absolutamente dependiente del más estricto análisis semiótico, volviendo a darles conexiones materiales a las formas de consumo y, sobre todo, realizando un mapa de distinciones que objetivan y clasifican a los sujetos según diferentes niveles de capital (simbólico, económico, cultural, social, etc.). Esta especie de ejercicio de marxismo multivariante y multidimensional analizaba las relaciones entre gustos y clases sociales, y rescata el concepto de estilo de vida (histórico en la obra de Alfred Adler o el propio Max Weber y muy utilizado ya en esa época en los estudios del mercado francés; por ejemplo, en Bernad Cathelat) para fundamentar una explicación brillante de las determinaciones sociales del gusto y la potencia de la distinción, como clasificación y jerarquización social en las sociedades contemporáneas (Bourdieu, 1998b).

En los ochenta nos encontramos con dos pequeñas joyas de síntesis de su pensamiento, *Cuestiones de Sociología* (2000b) y *Cosas Dichas* (1988a). En ellas, como compilación de artículos, podemos ver reflejado un compendio de sus grandes aportaciones conceptuales: campo, *habitus*, mercados lingüísticos, construcción mitológica de la opinión pública como unidad social, etc. Pero, sin duda, éste es el período donde su pensamiento se vuelve intelectualmente más polémico y es donde más se aprecia que casi toda su producción está hecha literalmente contra algo. Así, después de ese bello ejercicio de sociología reflexiva que es *Leçon sur la leçon* (1982), su forma de hacer sociología se lanza contra la antropología convencional en *El sentido práctico* (1991a); contra la lingüística estructural, la pragmática y la sociolingüística americana en *¿Qué significa hablar?* (1985), donde utiliza su teoría de los mercados lingüísticos (Bourdieu y Boltanski, 1975) para presentar el lenguaje mismo como un capital lingüístico, esto es, signo exterior de riqueza y forma de poder; contra el mundo de la universidad francesa de élite, convertida aquí en un campo de lucha por los privilegios —*Homo academicus* (1984)—; y en *La ontología política de Martin Heidegger* (1991b) contra la recepción acrítica y *esnob* por gran parte de la filosofía francesa de Martin Heidegger, que literalmente no fue leído sino preinterpretado, usado para distinguirse como casta por filósofos de todo signo, desde marxistas a liberales. Por fin, un libro que era casi esperable y hasta imprescindible dada la trayectoria de Bourdieu, *La Noblesse d'État*, donde el antiguo *parvenu* disecciona y analiza con todo su arsenal sociológico la constelación de poderes (y el juego de silencios) que configura la hegemonía intelectual, política y burocrática de las grandes escuelas francesas y su espíritu de cuerpo «elegido» (Bourdieu, 1989).

En los noventa la actividad ha sido febril. Además de los libros militantes ya comentados, de nuevo nos aparecen obras que se centran y desarrollan su propia manera de hacer sociología —con alguna maldad, ya se decía en esos días que Bourdieu se había convertido en el objetivo principal de la sociología de Bourdieu—. En este grupo se encuentran las profundas *respuestas* que es capaz de ofrecer a las nada triviales cuestiones que le plantea Lööc Wacquant (Bourdieu y Wacquant, 1994), su esclarecedor y compacto *Razones prácticas* (1997b) y sus *Meditaciones pascalianas* (1999b), que, realizado al modo de las *Meditaciones cartesianas* de Husserl, no deja de ser un retorno polémico —cómo no— al mundo de la filosofía y poner su obra en clave filosófica para con ello debatir, relativizando, con el legado de las principales corrientes filosóficas aceptadas hoy como dominantes y con peligro de convertirse en nueva escolástica. Otra enorme fuente de producción ha sido la aplicación y profundización de sus categorías de análisis a campos que habían sido preocupaciones constantes en su carrera; en *Las reglas del arte* (1995) se hace una descripción del campo literario (y de la recepción de Flaubert) alejado de cualquier idealismo —incluido el idealismo hermenéutico y autocomprendido—; en *Libre-échange* conversa con el artista Hans Hancke sobre el campo específico del arte y sus espejismos culturales (Bourdieu y Hancke, 1994), y en su escasamente difundido *Propos sur le champ politique* (2000d), Bourdieu regresa al mundo de la política después de sus heridas y sus desgarraduras y lo trata de estudiar en esta larga conferencia, devenida libro, en el proceso de constitución de las objetivaciones y legitimidades del particular contexto politológico en el fin de siglo. Finalmente, dos obras sobre el campo científico, uno de los temas habituales de Bourdieu: *Les usages sociaux de la science* (1997d), con el subtítulo ya significativo «por una sociología clínica del campo científico», y su último libro publicado en vida: *Science de la science et reflexivité* (2001c), posicionados ambos libros en un lugar tan distante de la filosofía analítica de la ciencia, como de los «programas fuertes» —a lo Barnes y Bloor— o cualquier otro discurso ultrarrelativista semiologista o postmoderno —a lo Bruno Latour—; de hecho ya cuando se desarrollaron los episodios europeos del conocido asunto «Sokal», siempre se insinuó la fuerte influencia del enfoque de Bourdieu sobre Bricmont y no es secundario el hecho de que los autores colocan en el prefacio de su libro justamente a Bourdieu como uno de los autores franceses que les han ayudado a emprender su especial cruzada contra los filósofos postestructuralistas (Sokal y Bricmont, 1999).

Dejo para el final dos investigaciones que recuerdan la mejor época de Bourdieu. Una debería ser el reverso simétrico de la otra, aunque si la primera ha sido un auténtico revulsivo en la sociedad y la investigación francesa, *La miseria del mundo*, la segunda, *Les structures sociales de l'économie* (2000e) que debía ser un ataque frontal a las lecturas más economicistas de la realidad social, incluida la del actor racional y egoísta plenamente consciente de sus fines (así como una aplicación de todo ello al mercado inmobiliario francés), se ha quedado en una posición un tanto anodina, quizás por su escasa origina-

lidad, y ha sido sepultada bajo el auténtico aluvión de publicaciones del autor francés. Sin embargo, la investigación colectiva *La miseria del mundo* (Bourdieu y otros, 1999) ha tenido en la sociología europea un efecto diametralmente contrario, muy próximo al de los grandes libros de su primera época: sus presupuestos metodológicos (no separar teoría, metodología de reflexión y práctica activa de la investigación empírica), sus indagaciones sobre las prácticas de investigación (la entrevista abierta y el proceso de reducción de la violencia simbólica en la comunicación) y, sobre todo, sus provocaciones, donde se llega a declarar que la sociología es otra forma de hacer política y un saber reflexivo de intervención directa, no podían dejar indiferentes a la sociedad francesa y saltó, como siempre, la polémica. Pero ahí ha quedado un renovado interés por estudiar los procesos de exclusión social, que luego se convertiría en uno de los grandes temas de los noventa, y una voluntad por comprender las condiciones ocultas de aparición de nuevas formas de miseria social en Francia, una miseria que ya no es sólo de condición, sino *de posición*, esto es, definida en un cuadro de magnitudes, representaciones y luchas (simbólicas, cualitativas y relacionales) que distan mucho de poderse reducir a las formas convencionales de medir la pobreza como un umbral cuantitativo o una forma de sufrimiento individual.

3. SUS CONCEPTOS

Sin duda, el arsenal conceptual de Pierre Bourdieu se ha convertido en uno de los más conocidos de la sociología mundial actual. Su estilo de trabajo ha consistido en armar continuamente un sistema de conceptos explicativos de lo social que, como hemos visto, él mismo se ha encargado de aplicar con contundencia a diferentes campos: la filosofía, el arte, el consumo, la dominación masculina, el discurso económico, etc. Estilo que supone una especie de desmitificación sistemática de los campos cerrados en los que se estructura la producción social —conflictiva— del sentido de los grupos humanos y que muchos encuentran directamente deudor de lo que Veblen hizo con el mundo de las clases altas norteamericanas —aunque el clásico norteamericano nunca ha estado demasiado presente entre las referencias del propio Bourdieu; incluso en el momento de realización de su imprescindible *La distinción*, ni siquiera es utilizado directamente—, ahora por analogía (incluso biográfica) traspasado y expandido con gran éxito al fragmentado y complejo mundo actual de las clases medias.

La sociología de Bourdieu se presenta como una nueva filosofía de la acción y vuelve a colocar —frente al estructuralismo del que proviene— el concepto de acción en el lugar central de la sociología. Por ello, insiste Bourdieu en distanciarse en sus teorizaciones de una representación mecánicamente holista (de carácter funcionalista o armnicista) o estructuralista, que deje fuera las relaciones entre agentes concretos, para presentar funciones o estructuras globales. La particular sociológica de la acción de Bourdieu rescata una

cierta noción de sujeto, pero poco tiene que ver este sujeto con el sujeto trascendente metafísico o el individuo calculador neoclásico; su idea es la de un sujeto socialmente determinado que actúa estratégicamente en un espacio de poder, valorando y reproduciendo sus diferentes capitales. Esto hace que una vez planteadas en sus obras las premisas de carácter programático, éstas sean rápidamente aplicadas a investigaciones muy concretas y se construyan con ello obras de radical originalidad muy difíciles de distinguir en su parte teórica y en su parte aplicada.

En el despliegue teórico de Bourdieu el concepto de campo es central. El campo es el espacio social que se construye en torno a algo que es valorado socialmente. Este espacio es relacional y relativo, depende de las posiciones que lo circunscriben, y estas posiciones, a su vez, se apoyan en las diferentes dotaciones de capital con que cuentan los actores. Los campos tienen una cierta homología entre ellos, pero no se pueden reducir de manera simple unos a otros, y menos aún todos a la producción de mercancías. En el campo se dan relaciones de dominación y conflicto, en que los concurrentes tratan de hacer valer sus capitales para reproducir su poder o para tratar de modificar el campo en beneficio de su percepción de posición.

El concepto simétrico es el de *habitus*, presentado como un sistema de disposiciones reproducidas pero a la vez recreadas, gramáticas generadoras de prácticas que representan la interiorización de la exterioridad y la incorporación —incluso física— de las condiciones objetivas de los campos a los sujetos. El *habitus* es la posición social hecha práctica y toda práctica no es una simple actualización mecánica del *habitus*, sino el efecto de la relación dialéctica entre un *habitus* y una situación definida por la coyuntura. Es por ello que la teoría de Bourdieu se ha considerado como un constructivismo dialéctico, en el sentido de que toda práctica es producto de disposiciones previas, pero se construye en permanente tensión, en lo concreto; y lo concreto es, a su vez, multidimensional, complejo y transformador por las propias fuerzas contradictorias que componen los campos.

Con el concepto de práctica, Bourdieu pretende romper la constante anti-nomia objetivismo/fenomenología de las ciencias sociales, en la medida que las posiciones objetivas cristalizadas en cada *habitus* son vividas como posibilidades subjetivas por los agentes sociales. Las prácticas en los campos toman así naturaleza de *estrategias*, acciones que se realizan con los saberes prácticos que se derivan del *habitus* y que significan una anticipación de las consecuencias de la acción en un juego de fuerzas.

La analogía fundamental del campo sería, pues, la de un mercado, pero no mercado horizontal y de competencia perfecta, sino un mercado jerarquizado, donde diferentes proporciones de cualquier tipo de capital garantizan posiciones distintas. Pero aquí viene la gran aportación de Bourdieu en su intento de formular una especie de economía política generalizada: el capital no sólo se deriva de la razón económica, y los mercados no sólo son de productos materiales, sino de todo tipo de bienes simbólicos (de hecho, en su hipótesis de los

mercados lingüísticos llega a reclamar la formación social del habla como un conjunto de estrategias simbólicas para valorizar un capital lingüístico). Por ello, nos podemos encontrar con varias formas principales de capital: el capital económico (como capital material), el capital cultural (o conjunto de cualificaciones producidas por los sistemas de enseñanza), el capital social (esencialmente el conjunto de relaciones y redes de relaciones que posee un individuo o grupo y que puede movilizar en su beneficio) y el capital simbólico (o conjunto de rituales, bienes simbólicos, lógicas de honor y reconocimiento que confieren autoridad y generan ventajas sociales y de apreciación positiva).

En tanto que la lógica del capital económico es el beneficio, la del capital simbólico es la distinción. Todo capital, sea cual sea, tiende a acapararse y toda dominación a ocultarse generando violencia simbólica, esto es, reprochando y autorresponsabilizando a los sujetos dominados de su condición. Los capitales tienen lógicas homólogas y su funcionamiento puede estar interconectado, pero en ningún momento pierden su autonomía relativa. Los movimientos por el campo se realizan haciendo valer el capital heredado o adquiriéndolo nuevo según *trayectorias* que combinan lo social y lo personal, lo público y lo privado, lo político y lo cotidiano, y que acaban presentando a la necesidad (social) como virtud (individual). Los procesos de enclasmiento y desclasmiento, de desvalorizaciones sociales de las diferencias y de reconstrucción de nuevas jerarquías de dominación en todos los campos son la razón misma de la historia. Las clases sociales son ahora la composición de la diferencia, y la dominación según la dotación de diferentes capitales y el *estilo de vida* la objetivación simbólica de esa diferencia, que naturaliza las prácticas sociales y produce inconscientemente las elecciones individuales. Si para Althusser la filosofía era la lucha de clases en la teoría, para Bourdieu el gusto es la lucha de clases en el consumo.

De este recorrido podemos extraer orientaciones importantes sobre la manera de Bourdieu de concebir la teoría sociológica, como es su insistencia en preservar la figura del *hecho* y del *actor social*. En cuanto a los hechos dados, el universo social fáctico, Bourdieu lo considera —frente a las escuelas que proceden de la tradición frankfurtiana de la dialéctica negativa—, dada su innegable filiación durkheimiana, lógicamente, como fundamental en el análisis social, pero en este punto son más importantes las condiciones de posibilidad de su existencia (su estructura genética) que su existencia misma, tomada como cosa (los datos). Frente a la idea de un actor que toma decisiones libremente (en una libertad socialmente descontextualizada), para Bourdieu lo fundamental son las condiciones objetivadas, las lógicas sociales que determinan los elementos que existen, construidas por los *habitus* y que crean las alternativas reales de elección. Por eso, el actor social siempre está compuesto de acciones individuales que tienden a mostrar ciertas regularidades y es susceptible de ser considerado como un agregado, como un grupo con racionalidad propia, pero esta racionalidad no es universal y ahistórica, sino particular y contextual; se debe a los esquemas de recepción, percepción y valoración de la realidad

social propios de cada *habitus*. Por tanto, debemos hablar de *razones prácticas*, de *acciones razonables* (en un contexto histórico dado), antes que de acciones racionales (universales).

4. SUS CRÍTICOS

La obra de Bourdieu ha suscitado una impresionante producción sociológica de carácter crítico, y si el criterio básico de recepción es «hacer hablar a su obra», el diálogo con la obra de Bourdieu ha sido rico y fecundo. Fuera del ámbito francófono, su repercusión ha sido abrumadora y, en algún momento de su carrera, autores como Paul DiMaggio, Randal Collins, Axel Honneth, Charles Taylor, Henri Giroux, John Alexander, Aaron Cicourel o Stanley Aronowitz han entrado en debate directo y dialogado, o polemizado abiertamente, con las teorizaciones de nuestro autor.

Muchos han sido los comentarios críticos y menos, aunque bastantes, las críticas con envidia sociológica. Entre los primeros podemos citar el reproche sobre su falta de originalidad, y sobre el tono un tanto intransigente, inoportunamente demoleedor y casi sociológicamente (y políticamente) pendenciero de su obra. Entre las segundas hay cuatro líneas de argumentación que, evidentemente, se entrecruzan y que se han venido articulando en la ya larga singladura de la obra de Bourdieu: su dominocentrismo, su funcionalismo negativista, su economicismo ampliado y su reproductivismo.

De los comentarios sólo decir dos cosas: las influencias más o menos clásicas en la obra de Bourdieu —de Elias a Panofsky, de Durkheim a Mauss— no se ocultan en sus libros, y si bien es cierto que hay otros autores que a finales del siglo XIX o principios del XX manejaron planteamientos análogos al suyo, ya fuera el consumo conspicuo de Veblen o las prácticas culturales aparentemente móviles de las clases provincianas francesas pero destinadas a diferenciarse y reconocerse que reflejó Edmond Goblot en *La barrera y el nivel*, lo cierto es que la arquitectura final de la obra de Bourdieu tiene el suficiente peso y la suficiente densidad propia para hacer irrelevante un ataque por esa vía. El segundo comentario, el más personal y crítico biográfico, el del chico malo de provincias primero educado y respetuoso, luego engrandecido y déspota académico, y, finalmente, políticamente enloquecido, llegando incluso a presentar su aportación al pensamiento francés como una especie de *terrorismo sociológico* —tal es la versión de Verdès-Leroux (1998)—, está más cerca al ajuste de cuentas personal que al análisis de su obra. Todo esto suena más a choque entre trayectorias que a debate de ideas, si bien es cierto que, como no puede ser de otra forma, muchos elementos biográficos son fundamentales para encuadrar la obra de Bourdieu en el centro del «pensamiento del 68», con todas sus grandezas y sus miserias (Ferry y Renaud, 1985). Pasaremos, por tanto, a las críticas de fondo.

En efecto, muchos autores han criticado esa especie de *libido dominandi*

que mueve todas las piezas del ajedrez social de Bourdieu; parece que todo se reduce a un impulso inmediato de dominación, a corto plazo, y de mantener y renovar esta dominación a medio y largo plazo. Este *dominocentrismo* de Bourdieu, que hace de su obra un estudio de la violencia simbólica ejercida por los que poseen todo tipo de capital (económico, cultural, simbólico), deja sin sentido cualquier acción, manifestación o cultura que no tenga poder de dominación, así como deja sin sentido el valor intrínseco (cultural, simbólico) de las cosas mismas, valor que se convierte en arbitrario (como el signo en el estructuralismo) para obtener sólo su sentido en su capacidad de ejercer violencia simbólica o influencia cultural o social (Calhoun, 1993; Rist, 1984). Desde un punto de vista general, el neoparsoniano John Alexander (2000) ha criticado esta «gran reducción» que supone considerar la cultura como un nuevo proceso de dominación e imposición de códigos y no un fundamento de todo vínculo social (de ahí la diferencia que establece entre su sociología cultural y la sociología de la cultura de Bourdieu, mero pretexto para realizar una obsesiva crítica social). Desde un punto de vista más concreto, Grignon y Passeron (1992) reprochan a Bourdieu despreciar cualquier significado simbólico que no esté valorado en la carrera por la dominación; lo mismo que Halbwachs acababa mal definiendo a las clases populares por las características, un tanto mostrencas, de sus niveles de vida, Bourdieu, al reducir la sociología de los modos de vida a los esquemas de dominación, deja sin valor y sin sentido a todo estilo de vida que no tenga capacidad de dominar. Antes que estudiar los estilos de vida, dice Passeron (1991), los encierra en una lógica cerrada y estratificada que reproduce un cierto elitismo de desprecio al sentido común, a lo popular, a la *doxa*, etc. Paradójicamente, las últimas intervenciones públicas de Bourdieu le valieron el calificativo de *populista*, cosa que le venía más por el intento de compensación en sus opiniones, incluso por la simplificación de sus escritos más elementales, que por el talante de su obra, siempre aferrado a la ruptura epistemológica con el saber común y a la desconfianza de los mundos de la vida cotidiana tal como los exploran los fenomenólogos de todo tipo (Certau, 1990; Bourdieu y Eagleton, 2000).

La segunda gran acusación teórica es la de su *funcionalismo negativo*. Así, el esquema teórico de Bourdieu recuerda al de Durkheim, pero donde en el clásico se postulaba una solidaridad orgánica, en el contemporáneo se despliega un auténtico modo de dominación orgánica. Este eterno retorno a la dominación social de Bourdieu —en el que Boltanski vuelve a entrever al *idiota cultural* que Garfinkel encontraba tras el funcionalismo clásico, al mismo tiempo que el positivismo, y la incapacidad para ver la construcción del sentido concreto que tiene el sentido común gratuitamente construido en la bestia negra de la sociología (Boltanski, 2001; Boltanski y Thévenot, 1991)— deja sin más actividad a los actores que jugar permanentemente el juego (o el contrajuego) de la dominación, sin más pretensiones de historicidad, acción comunicativa o solidaridad horizontal. Este sociologismo reductivo —no existe en el lenguaje, en la cultura, en el arte, en la política otro sentido que el de traducir la estruc-

tura social— puede explicarlo todo (por obvio) o nada (por excesivamente genérico), aplasta a los sujetos y deja sin lugar a cualquier acción positiva. Como dice Jean Rancière (1997), desde este imperio del sociólogo negativista se bloquea la posibilidad de apreciar la autonomía y capacidad para tomar la palabra de los dominados, así como se desprecian los enormes efectos de progreso cívico que han supuesto la valoración de la cultura, de la utopía del saber y del esfuerzo para aprender de las clases populares con una repercusión central en la formación de sistemas sociales más justos y equitativos. No sólo existe reproducción, también nos encontramos con la voluntad de transformación como práctica social (Bourdieu y otros, 1994).

En línea parecida apuntan los que señalan el economicismo implícito de los planteamientos de Bourdieu. Para un buen número de comentaristas críticos, la homología reiterada entre la figura de los diferentes campos (todos) y la del mercado, así como el proyecto de formular una especie de economía política generalizada, vuelcan a la obra de Bourdieu hacia una especie de conversión de todas las acciones en *intereses* (Caillé, 1994). Quedan así fuera todos los vínculos sociales cooperativos —el don, la comunicación, la creación gratuita, la solidaridad, etc.—, o los conflictos que niegan o trascienden los campos, por no referirnos ya a las conductas (particularmente colectivas) que se muestran como irracionales o anticonvencionales. Si nada queda fuera de la economía general de las prácticas de Bourdieu, su estrategia también vuelve a recrear un modelo de racionalidad, aunque sea una racionalidad de la dominación (la de las razones prácticas) y no una racionalidad del intercambio. Es demasiado forzado explicar todos los ámbitos de lo social: del lenguaje hasta la educación, de la literatura hasta la filosofía, por esta racionalidad de la dominación (y la contradominación). De nuevo ningún producto lingüístico, social o cultural tiene valor en sí mismo y se vuelve coartada en las estrategias de dominio; la sociología reflexiva se convierte en un socioanálisis que sólo encuentra la dimensión de poder bajo cualquier acontecimiento, y en lo social hay bastantes más dimensiones instituidas e instituyentes (Demeulenaere, 1997; Martuccelli, 1999).

La última gran línea de argumentación crítica es la del reproductivismo. En su raíz, el problema surge de la escasa explicación de las formas concretas en las que se construyen los *habitus* —lo que, como arguye Cicourel (1993), nos lleva al más elemental y a la vez el más noble y tradicional problema de la socialización, que Bourdieu da por supuesto— y la consideración de estos *habitus* como no conscientes, lo que se vuelve un tanto inconsistente y contradictorio —como ha señalado John B. Thompson (1984), uno de los principales especialistas británicos en la obra de Bourdieu— con la misma noción de práctica si esta práctica no es meramente reproductiva. El reproductivismo, que deja a los actores sin otro papel activo que el de portar y activar los campos (o sistemas de dominación), no deja de revivir las matrices más rígidas y pesadas del pensamiento de Bourdieu (el organicismo social de Durkheim, el estructuralismo lingüístico de Saussure) y termina por dejar al actor en un lugar subordinado de su estructuralismo sociológico, con poco espacio para el

cambio social consciente (Giroux, 1992). Estrecho espacio que sus últimas grandes llamadas a la acción política no solucionan teóricamente y vuelven a dejar sin interés sociológico el estudio de los objetos o los sujetos concretos mismos para denunciar, ya directamente ahora, el papel de éstos en la enorme megamáquina de la reproducción social globalizada y mercantilizada.

En suma, la obra de Bourdieu no deja de provocar relecturas y comentarios sociológicos interesantes, y últimamente son ya legión los que dudan en encontrar algún sentido sociológico a su esquema explicativo cuando tratamos de burguesías no cultas o que desprecian la cultura (las típicas burguesías atrasadas, periféricas, no ilustradas o las lumpenburguesías locales) o en espacios multiculturales o híbridos no tan rígidos ni reproductivos como el modelo ideal de Bourdieu (García-Canclini, 1989 y 1990). Incluso cuando nos enfrentamos con la degradación mediática, el populismo icónico y el contraintelectualismo típico del entorno expresivo de la postmodernidad (y el postfordismo), la crítica adquiere un tono contextual importante, al resaltar el concepto un tanto trasnochado y rígido de práctica cultural y bien simbólico utilizado por Bourdieu, más cercano al mundo coherente de las pequeñas burguesías (francesas) de principios o mediados del siglo XX que al relativismo nihilista de la cultural *lighth* actual (Lash, 1997).

CONCLUSIÓN: POR UNA RENOVACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA EUROPEA

No cabe duda que hay dimensiones de la obra de Bourdieu que cobran proporciones prodigiosas; la elegancia y contundencia con las que resolvía los problemas sociológicos a los que se enfrentaba eran, en algunos casos, deslumbrantes. La mezcla entre una cultura vasta, profunda y sofisticada que presentaba en sus escritos y la llaneza y rotundidad sin tapujos (que no simpleza) de sus argumentaciones y explicaciones le daban a su sociología un sello muy personal y una especial penetración a sus observaciones. Por otra parte, su obra ha adquirido el rango de clásico contemporáneo de la teoría sociológica arrancando de investigaciones empíricas —en el sentido etimológico del término, esto es, en contacto directo con los hechos— y no a partir de libros planteados como grandes *summas* teóricas; así, *La distinción*, *La reproducción* o el *Homo academicus* son investigaciones que se han hecho un hueco en la teoría —como *El suicidio*, de Durkheim; *El campesino polaco*, de Thomas y Znaniecki; *La élite del poder*, de Ch. Whright Mills— como investigaciones *totales* capaces de atravesar las convenciones de lo teórico y lo empírico, de lo básico y lo aplicado, de lo general y lo particular.

La radical novedad metodológica de sus investigaciones también es de destacar; su disposición para acudir a prácticas y construir técnicas que produzcan explicaciones consistentes sobre los procesos sociales, desconfiando, a la vez, de toda metodología convencional o estereotipada, es siempre signo de honesti-

dad profesional y una realización *práctica* (por supuesto) de la tan reclamada y escasamente practicada imaginación sociológica. Su renovación de cada técnica, su vigilancia epistemológica de cada aplicación, su recelo ante lo que es usado y abusado sin reflexionar sobre ello, su predisposición a utilizar los modos sociológicos más clásicos o a tomar por verdadero lo dado y medido por los instrumentos institucionalizados, le confieren una rara mezcla metodológica —que sus críticos consideran un oscuro *collage* o un indigesto jarabe— que traspasa las barreras tradicionales entre la teoría, la epistemología y la investigación aplicada.

Renovador fundamental, en suma, de la sociología europea; por muchos motivos, porque europeos han sido sus autores, sus maestros y su formación; europeos han sido sus métodos, sus planteamientos sobre el oficio del sociólogo y sus principales objetos de investigación (frente a la hegemonía de la sociología profesional, fundamentalmente norteamericana); europeos han sido sus proyectos académicos —el mítico Centro de Sociología Europea— o editoriales —la revista *Actes de la Recherche* o *Liber*—; y hasta europeas han sido las propuestas de la última «parte maldita» de su obra, cuando ha hecho llamadas para formar un «movimiento social europeo» contra el discurso de mercantilización total del mundo, o ha dialogado con Günter Grass en la (europea) cadena de televisión *Arte*, dando lugar a una interesante y, en algunos momentos, entrañable entrevista que sintetiza sus grandes obsesiones (Grass y Bourdieu, 2002).

Seguramente, nada será igual para la sociología europea después de la obra de Pierre Bourdieu. Su figura ya se ha incorporado al *mainstream* de la sociología mundial; sólo hay que ver la inmensa cantidad de libros de calidad que sobre su figura se han publicado en los últimos años, tanto en el ámbito francés (Pinto, 1998; Mounier, 2001; Lahire, 2001) como anglosajón (Jenkins, 1992; Fowler, 1997; Lane, 2000; Robbins, 1991 y 2001; Webb y otros, 2002). Es cierto que su estilo narrativo ronda entre lo abrupto y lo excesivamente alambicado; que su personalidad y sus actitudes, tanto en lo privado —académico— como en lo público —político—, han venido acompañadas de un exceso de polémica, lo que ha tendido a desequilibrar su imagen, y que el tono un tanto ortopédico de su modo de hacer —la aplicación casi permanente de categorías casi petrificadas (campo, *habitus*, estrategia, etc.) a cada problema específico— ha creado una especie de legión de copias casi clónicas que ya aplican con destornillador el «Kit Bourdieu» sin demasiados reparos ni reflexiones. Nadie es perfecto. Pero lo razonable de muchos de sus trabajos (el tiempo hará olvidar lo personal pronto y dejará, si vale, su obra) hará prevalecer sus auténticas aportaciones; queda un importante legado que habrá que releer y reutilizar, lo mismo que su material ahora inédito, que con seguridad acabará encontrando su sitio en la historia del pensamiento sociológico, y este lugar propio ya se puede vislumbrar que no será, precisamente, secundario. Bourdieu permanecerá mucho más allá de la «bourdieufilia» o la «bourdieufobia».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACCARDO, A. (1997): *Introduction à une sociologie critique: Lire Bourdieu*, Burdeos y París, Le Mascaret.
- ACCARDO, A., y CORCUFF, Ph. (1998): *La sociologie de Bourdieu. Textes choisis et commentés*, Burdeos y París, Le Mascaret, 2.^a reimp. (e.o. 1986).
- ALEXANDER, J. C. (2000): *La réduction. Critique de Bourdieu*, París, Cerf.
- ARON, R. (1985): *Memorias*, Madrid, Alianza (e.o. 1993).
- AZÚA, F. (1999): *Baudelaire y el artista de la vida moderna*, Barcelona, Anagrama.
- BERGAMÍN, J. (1923): «El cohete y la estrella», recogido en *Antología*, Madrid, Castalia/Comunidad de Madrid, 2001.
- BOLTANSKI, L. (2001): «Agir et vivre en commun», en Ph. CABIN y J. F. DORTIER, *La Sociologie. Histoire et idées*, París, Editions de Sciences Humaines.
- BOLTANSKI, L., y THEVENOT, L. (1991): *De la justification. Les économies de la grandeur*, París, Gallimard.
- BONNEWITZ, P. (1998): *Premières leçons sur la sociologie de Pierre Bourdieu*, París, Presses Universitaires de France.
- (2002): *Pierre Bourdieu; vie, œuvres, concepts*, París, Ellipses.
- BOURDIEU, P. (1958): *Sociologie de l'Algérie*, París, Presses Universitaires de France (múltiples reimpressiones).
- (1972): *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Ginebra, Droz (reeditada en Seuil/Points en 2000).
- (1982): *Leçon sur la leçon*, París, Minuit.
- (1984): *Homo academicus*, París, Minuit.
- (1985): *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal (e.o. 1982, la edición renovada con el extenso prólogo de John B. Thomson, el título de la edición inglesa y alguna modificación de interés es la Bourdieu, 2001a).
- (1988a): *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa (e.o. 1987).
- (1988b): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus (e.o. 1979).
- (1989): *La Noblesse d'État. Grandes écoles et esprit de corps*, París, Minuit.
- (1990): *Sociología y cultura*, México, Grijalbo.
- (1991a): *El sentido práctico*, Madrid, Taurus (e.o. 1980).
- (1991b): *La ontología política de Martin Heidegger*, Barcelona, Paidós (e.o. 1988).
- (1995): *Las reglas del arte. Génesis y estructuras del campo literario*, Barcelona, Anagrama (e.o. 1992).
- (1997a): *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI.
- (1997b): *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama (e.o. 1996).
- (1997c): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama (e.o. 1994).
- (1997d): *Les usages sociaux de la science: pour une sociologie clinique du champ scientifique*, París, INRA.
- (1999a): *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba.
- (1999b): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama (e.o. 1997).
- (1999c): *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Barcelona, Anagrama (e.o. 1998).
- (2000a): *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- (2000b): *Cuestiones de Sociología*, Madrid, Istmo (e.o. 1980).
- (2000c): *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama (e.o. 1998).
- (2000d): *Quelques propos sur le champ politique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon.
- (2000e): *Les structures sociales de l'économie*, París, Seuil.
- (2001a): *Langage et pouvoir symbolique*, París, Seuil/Points.
- (2001b): *Contrafuegos II. A favor de un movimiento social europeo* (e.o. 2001), Barcelona, Anagrama.
- (2001c): *Science de la science et réflexivité*, París, Raisons d'Agir.

- BOURDIEU, P. (2002a): *Le bal des célibataires. Crise de la société paysannes en Bearn*, París, Seuil/Points.
- (2002b): *Interventions Politiques*, Marsella, Agone.
- BOURDIEU, P., y BOLTANSKI, L. (1975): «Le fetiche de la langue», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 4, pp. 2-35.
- BOURDIEU, P., y COLEMAN, J. (eds.) (1991): *Social Theory for a Changing Society*, Boulder, Co., Westview Press.
- BOURDIEU, P., y EAGLETON, T. (2000): «Doxa y vida ordinaria», en *New Left Review*, Edición en castellano, núm. 0, enero, pp. 219-231.
- BOURDIEU, P., y WACQUANT, L. (1994): *Per a una sociologia reflexiva*, Barcelona, Herder (e.o. 1992).
- BOURDIEU, P., y SAYAD, A. (1977): *Le deracinement. La crise de l'agriculture traditionnelle en Algérie*, París, Minuit (e.o. 1964).
- BOURDIEU, P., y PASSERON, J. C. (1969): *Los estudiantes y la cultura*, Barcelona, Labor (e.o. 1964).
- (1977): *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, Laia (e.o. 1970).
- BOURDIEU, P., y otros (1977): *Algérie 1960. Structures économiques et structures temporelles*, París, Minuit (e.o. 1963).
- (1999): *La miseria del mundo*, Madrid, Akal (e.o. 1993).
- BOURDIEU, P.; BOLTANSKI, L.; CASTEL, R., y CHAMBOREDON, J. C. (1965): *Un Art moyen. Essai sur les usages sociaux de la photographie*, París, Minuit.
- BOURDIEU, P.; DABEL, A., y SCHNAPPER, D. (1969): *L'Amour de l'art. Les musées d'art européens et leur public*, París, Minuit (e.o. 1966).
- BOURDIEU, P.; CHAMBOREDON, J. C., y PASSERON, J. C. (1976): *El oficio de sociólogo*, México, Siglo XXI.
- CAILLÉ, A. (1994): *Don, inérêt et désintéressement. Bourdieu, Mauss, Platon et quelques autres*, París, La Découverte.
- CALHOUM, C. J. (1993): «Habitús, Field of Power and Capital: The Question of Historical Specificity», en C. J. Calhoum, E. Li Puma y M. Postone (eds.), *Toward a Reflexive Sociology: The Social Theory of Pierre Bourdieu*, Cambridge, Polity Press, pp. 32-45.
- CALVET, L. J. (2002): «Bourdieu et la langue», en *Sciences Humaines*, número especial fuera de colección, marzo.
- CARLES, P. (2001): *La Sociologie est un sport de combat*, vídeo, París, CP Productions/Éditions du Montparnasse.
- CERTAU, M. de (1990): *L'invention du quotidien l'Arts de faire*, París, Gallimard/Folio.
- CICOUREL, A. (1993): «Aspects of Structural and Processual Theories of Knowledge», en C. J. Calhoum, E. Li Puma y M. Postone (eds.), *Bourdieu: Critical Perspectives*, Cambridge, Polity Press.
- DEMEULENAERE, P. (1997): *Histoire de la Théorie Sociologique*, París, Hachette.
- ERIBON, D. (2002): «L'anti-héritier. Les derniers heures de Pierre Bourdieu», en *Le Nouvel Observateur*, núm. 1943, 31 de enero.
- GARCÍA-CANCLINI, N. (1989): *Culturas híbridas*, México, Grijalbo.
- (1990): Prólogo a Bourdieu (1990).
- GIROUD, F. (2002): «L'ami du peuple», en *Le Nouvel Observateur*, núm. 1943, 31 de enero.
- GIROUX, H. (1992): *Teoría y resistencia en educación*, México, Siglo XXI.
- GRASS, G., y BOURDIEU, P. (2002): *New Left Review*, núm. 14, marzo-abril.
- GRIGNON, C., y PASSERON, J. C. (1992): *Lo culto y lo popular*, Madrid, La Piqueta.
- FERRY, L., y RENAULT, A. (1985): *La pensée* 68, París, Gallimard.
- FOWLER, B. (1997): *Pierre Bourdieu and Cultural Theory*, Londres, Sage.
- JENKINS, R. (1992): *Pierre Bourdieu*, Londres, Routledge.
- JULLIARD, J. (2002): «Misère de la sociologie», en *Le Nouvel Observateur*, núm. 1943, 31 de enero.

- LAHIRE, B. (ed.) (2001): *Le travail sociologique de Pierre Bourdieu. Dettes et critiques*, París, La Découverte/Poche, 2.^a ed. ampliada.
- LANE, J. F. (2000): *Pierre Bourdieu. A critical introduction*, Londres, Pluto Press.
- LASH, S. (1997): *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu.
- MARTUCCELLI, D. (1999): *Sociologies de la modernité*, París, Gallimard/Essais.
- MONGIN, O., y ROMAN, J. (1998): «Le populisme versión Bourdieu, ou la tentation du mépris», en *Esprit*, núm. 244, julio.
- MOUNIER, P. (2001): *Pierre Bourdieu, une introduction*, París, Pocket/La Découverte.
- PINTO, L. (1998): *Pierre Bourdieu et la théorie du monde social*, París, Albin Michel.
- RANCIÈRE, J. (1997): *La nuit des prolétaires*, París, Hachette/Pluriel.
- RANCIÈRE, J., y otros (1994): *L'empire du sociologue*, París, La Découverte.
- RIST, G. (1984): «La notion médiévale d'habitus dans la sociologie de Pierre Bourdieu», en *Revue Européenne des Sciences Sociales*, n.º 67.
- ROBBINS, D. (1991): *The Work of Pierre Bourdieu*, Buckingham, Open University Press.
- (2000): *Bourdieu and Culture*, Londres, Sage.
- SOKAL, A., y BRICMONT, J. (1999): *Imposuras intelectuales*, Barcelona, Paidós.
- THOMPSON, J. B. (1984): «Symbolic Violence, Language and Power in the Writings of Pierre Bourdieu», en *Studies in the Theory of Ideology*, Cambridge, Polity Press.
- TOURAINÉ, A. (2002): «Le sociologue du peuple», en *Sciences Humaines*, número especial fuera de colección, marzo.
- VERDÈS-LEROUX, J. (1998): *Le savant et la politique. Essai sur le terrorisme sociologique de Pierre Bourdieu*, París, Grasset.
- PASSERON, J. C. (1991): *Le raisonnement sociologique*, París, Nathan.
- WACQUANT, L. (1993): «Bourdieu in America: notes on the Transatlantic Importation», en C. J. Calhoun, E. Li Puma y M. Postone (eds.), *Toward a Reflexive Sociology: The Social Theory of Pierre Bourdieu*, Cambridge, Polity Press.
- WEBB, J., y otros (2002): *Understanding Bourdieu*, Londres, Sage.

ESTUDIOS